



ESPERAN MAROTO
SANTI CASAS

ROBERT E. HOWARD

CONAN

de Cimmeria

VOLUMEN I

1932-1933

ILUSTRADO POR MARK SCHULTZ



timunmas

Conan de Cimmeria. Volumen I: 1932-1933

Publicado originalmente como *Robert E. Howard's Complete Conan of Cimmeria Volume One (1932-1933)*

© Conan Sales Co., L.L.C., 2002

Conan ® (including all prominent characters featured in this volume) and the distinctive likenesses thereof are trademarks of Conan Properties International LLC unless otherwise noted. All contents © Conan Properties International LLC (2004) unless otherwise noted. All rights reserved

© por las ilustraciones, Mark Schultz, 2002

Traducción: © Manuel Mata Álvarez-Santullano

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0973-4

Depósito legal: B. 333-2021

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: [@EdicionesMinotauro](https://www.facebook.com/EdicionesMinotauro)

Twitter: [@minotaurolibros](https://twitter.com/minotaurolibros)

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Índice

Prefacio, por Mark Schultz xi
Introducción, por Patrice Louinet xv

CONAN DE CIMMERIA

Cimmeria 3
El fénix en la espada 5
La hija del gigante del hielo 37
El dios del cuenco 51
La Torre del Elefante 77
La ciudadela escarlata 107
La reina de la Costa Negra 155
El coloso negro 193
Sombras de hierro a la luz de la luna 239
Xuthal del crepúsculo 279
El estanque del negro 319
Villanos en la casa 353
El valle de las mujeres perdidas 383
El diablo de hierro 405

MISCELÁNEA

El fénix en la espada (primera versión) 445
Notas sobre diversos pueblos de la Edad Hiboria 473
La Edad Hiboria 475
Sinopsis sin título 497
Sinopsis sin título (La ciudadela escarlata) 499

Sinopsis sin título (El coloso negro) 501
Fragmento sin título 503
Sinopsis sin título 507
Borrador sin título 509
Nombres y países hiborios 519
Mapas de la Edad Hiboria 521

APÉNDICES

La génesis de Hiboria, por Patrice Louinet 523
Notas sobre los originales de Conan y su cronología, por Patrice Louinet 551
Agradecimientos 557

Índice de láminas

Y allí llegó Conan, el cimmerico, el pelo negro, los ojos sombríos *frontispicio*
Sin título 1
La danza nupcial de Bêlit 167
Salió de las ruinas 277
Y la indómita naturaleza de Conan respondió con toda la furia
de lo salvaje 345
Mapas de la Edad Hiboria 521, 522
Bocetos 559-566

CONAN

de Cimmeria



Cimmeria

Recuerdo

Los bosques oscuros, que ocultaban laderas de sombrías colinas;
el arco plumizo y perenne de las nubes grisáceas;
los oscuros arroyos que fluían en completo silencio,
y los vientos solitarios que susurraban por los pasos.

Paisaje sobre paisaje, colinas sobre colinas,
ladera tras ladera, tapizadas todas de árboles tétricos,
se extiende nuestra severa tierra. Tanto que, cuando un hombre
coronaba un picacho y miraba, cubriéndose los ojos,
no veía sino paisaje sobre paisaje, colina sobre colina
ladera tras ladera, encapuchadas todas, como sus hermanas.

Era una tierra sombría que parecía albergar
todos los vientos, las nubes y los sueños que rehuyen la luz del sol,
de ramas desnudas que estremecían los solitarios vientos,
presidida toda ella por las lúgubres florestas,
que ni alcanzaba a iluminar ese raro visitante, el sol
que cosía sombras menudas a las figuras de los hombres; la llamaban
Cimmeria, tierra de Oscuridad y de profunda Noche.

Fue hace tanto, y tan lejos
que he olvidado el nombre por el que me llamaban.
El hacha y la lanza de punta de piedra son como un sueño,
las cacerías y las guerras, sombras. Recuerdo
solo la quietud de esta tierra sombría;
las nubes que se apiñaban sobre las colinas;
el crepúsculo de los bosques interminables.
Cimmeria, tierra de la Oscuridad y de la Noche.

CONAN DE CIMMERIA

Oh, alma mía, nacida entre colinas oscuras,
entre nubes y vientos y fantasmas que rehuyen el sol.
¿Cuántas muertes necesitarás para quebrar al fin
esta heredad que me envuelve en la gris
mortaja de los fantasmas? Busco en mi corazón y encuentro a
Cimmeria, tierra de la Oscuridad y de la Noche.

NOTA: Escrito en Mission, Texas, febrero de 1932; sugerido por la visión de las colinas que se alzan sobre Fredricksburg bajo la neblina de un chaparrón invernal. ROBERT E. HOWARD

El fénix en la espada



«Sabe, ob, príncipe, que entre los años en que los océanos se tragaron Atlantis y las ciudades resplandecientes, y los de la aparición de los Hijos de Aryas, existió una era ignota en la que el mundo estaba cubierto de brillantes reinos como mantos azules bajo las estrellas. Nemedias, Ofir, Britbunia, Hiperbórea, Zamora, con sus mujeres de cabello negro y sus torres de misterios sembrados de arañas, Zingara y sus caballeros, Koth en la frontera con las praderas de Shem, Estigia y sus tumbas custodiadas por sombras, o Hirkania, con sus guerreros embutidos de acero y oro. Pero el reino más orgulloso del mundo era Aquilonia, que reinaba incontestable en el oeste sumido en sueños. Y fue allí donde llegó Conan, el cimmerico, de cabello negro y mirada huraña, espada en mano, ladrón, saqueador, asesino, de gigantescas melancolías y gigantesca fuerza, para pisar con sus sandalias los tronos enjorjados de la tierra.»

Las crónicas nemedias.

I

Entre sombríos chapiteles y brillantes torres se extendía la oscuridad espectral que precede al alba. En un callejón sombrío, enclavado en un auténtico laberinto de tortuosos caminos, salieron cuatro figuras enmascaradas desde una puerta que había abierto furtivamente una mano oscura. Sin decir palabra, avanzaron con rapidez en la oscuridad, embozadas en sus capas; tan silenciosas como los

fantasmas de hombres asesinados, desaparecieron en la oscuridad. Tras ellas, un semblante sardónico quedó enmarcado en el vano de la puerta entreabierta; un par de ojos crueles brillaron con malicia en la oscuridad.

—Salid, criaturas de la noche —dijo una voz burlona—. Ah, idiotas, la ruina os pisa los talones como un perro ciego, y ni siquiera lo sabéis.

El que había hablado cerró la puerta y echó el cerrojo antes de volverse y alejarse por un pasillo, vela en mano. Era un gigante de aspecto sombrío, cuya piel oscura delataba la sangre estigia que corría por sus venas. Llegó a una sala interior, en la que un hombre alto y enjuto, ataviado con ropa de terciopelo gastado, descansaba como un enorme y perezoso gato sobre un sillón de seda mientras bebía vino a sorbitos de un copón dorado.

—Bueno, Ascalante —dijo el estigio mientras dejaba la vela—, esos canallas tuyos han salido a las calles como salen las ratas de sus madrigueras. Trabajas con herramientas extrañas.

—¿Herramientas? —replicó Ascalante—. Así es como me ven ellos a mí. Durante meses, desde que los cuatro conspiradores me hicieron venir desde el desierto del sur, he vivido en el corazón mismo de mis enemigos, ocultándome de día en esta casa siniestra y merodeando de noche por callejuelas oscuras y pasillos aún más oscuros. Y he conseguido lo que no han logrado esos nobles conspiradores. Trabajando con ellos y con otros agentes, muchos de los cuales no me han visto aún la cara, he sembrado la semilla de la sedición y el malestar por todo el reino. Es pocas palabras, trabajando desde las sombras, he allanado el camino a la caída del rey que se sienta en el trono a la luz del sol. Pues, por Mitra, fui estadista antes que forajido.

—¿Y esos embaucadores que se creen tus amos?

—Seguirán creyendo que estoy a sus órdenes hasta que se cumpla nuestra misión. ¿Quiénes son ellos para medir su astucia con la de Ascalante? Volmana, el conde enano de Karaban; Gromel, el gigantesco comandante de la Legión Negra; Dion, el rollizo barón de Attalus; Rinaldo, el bardo con cerebro de chorlito. Yo soy la fuerza que ha templado el acero y endurecido la arcilla que cada uno lleva dentro, y los aplastaré cuando llegue el momento. Pero aún no. Esta noche es el rey quien debe morir.

—Hace días vi partir los escuadrones imperiales de la ciudad —dijo el estigio.

—Marchaban a la frontera que atacan los pictos paganos... gracias al potente licor que les he hecho llegar de contrabando para enloquecerlos. La gran

riqueza de Dion lo hizo posible. Y Volmana se ha encargado del resto de las tropas imperiales que quedaban en la ciudad. Con la ayuda de su principesca parentela en Nemedía, no ha sido difícil convencer al rey Numa de que solicitara la presencia del conde Trocero de Poitain, senescal de Aquilonia; y, claro está, como corresponde a su condición, irá acompañado por un escuadrón imperial, así como por sus propias tropas y por Prospero, mano derecha del rey Conan. Con lo que en la ciudad no queda más que la guardia personal del rey, además de la Legión Negra. Con la ayuda de Gromel, he conseguido corromper a un disoluto oficial de esa guardia y lo he sobornado para que deje desguarnecida la puerta del dormitorio del rey a medianoche.

»En ese momento, junto con dieciséis canallas sanguinarios que me sirven, entraremos en el palacio por una puerta secreta. Y una vez cumplida nuestra misión, aunque no se levante el pueblo a nuestro favor, nos bastará con la Legión Negra de Gromel para mantener el control de la ciudad y apoderarnos de la corona.

—¿Y Dion cree que se la entregaremos?

—Sí. Ese rollizo imbécil está convencido de ello por el vestigio de sangre real que corre por sus venas. Conan ha cometido un craso error al dejar con vida a los descendientes de la antigua dinastía a la que le arrebató la corona de Aquilonia.

»Volmana desea recuperar la posición de privilegio de la que disfrutaba bajo el antiguo régimen para poder sacar de la miseria sus tierras y devolverles su antigua grandeza. Gromel detesta a Pallantides, comandante de los Dragones Negros, y desea el mando del ejército entero con toda la tenacidad que únicamente poseen los bosonios como él. De todos nosotros, sólo Rinaldo carece de ambiciones personales. Ve a Conan como un arribista indigno, un tosco bárbaro que llegó desde el norte para saquear una tierra civilizada. Idealiza al rey al que mató para arrebatarse la corona, del que recuerda sólo que patrocinaba las artes de vez en cuando. Ha olvidado los desmanes de su reinado y está loquendo que el pueblo los olvide también. Ya cantan abiertamente *El lamento del rey*, un poema en el que Rinaldo alaba las supuestas virtudes de ese canalla y tilda a Conan de «salvaje de corazón negro llegado desde el abismo». Conan se ríe, pero el pueblo murmura.

—¿Y por qué odia a Conan?

—Los poetas siempre odian a quienes ostentan el poder. Para ellos, la perfección siempre está cerca, aunque nunca lo suficiente. Buscan refugio frente al presente en sueños del pasado y el futuro. Por las venas de Rinaldo su sangre es

como una llameante antorcha de idealismo que se alza, cree él, para derribar a un tirano y liberar al pueblo. En cuanto a mí... Bueno, hasta hace pocos meses no tenía más ambiciones que dedicarme a atacar caravanas el resto de mi vida. Ahora han renacido viejos sueños. Conan morirá. Dion ascenderá al trono. Luego, también él perderá la vida. Uno por uno, lo harán todos los que se opongan a mí, bien por el fuego, bien por el acero o bien por esos vinos mortíferos que tan bien se te da elaborar. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿Qué tal suena?

El estigio encogió sus anchos hombros.

—Hubo un tiempo —dijo sin molestarse en disimular su amargura— en el que también yo tenía mis propias ambiciones, y al lado de aquéllas, las tuyas se me antojan banales y pueriles. ¡Qué bajo he caído! Ay, con qué desdén me mirarían mis antiguos compañeros y rivales si pudieran ver a Thoth-amón, el del anillo mezclándose en las mezquinas ambiciones de barones y reyes, y convertido en esclavo de un extranjero. Y un forajido, nada menos,

—Depositaste tu confianza en la magia y otros embustes —respondió Ascalante sin el menor tacto—. Yo sólo me fío de mi ingenio y mi espada.

—El ingenio y las espadas nada valen contra la sabiduría de las tinieblas —repuso el estigio con voz sorda y un parpadeo de luz amenazante en los ojos negros—. De no haber perdido mi anillo, te aseguro que la situación en la que estamos sería bien distinta.

—Aun así —respondió el forajido con tono de impaciencia—, llevas las marcas de mi látigo en la espalda, y seguirás llevándolas mucho tiempo.

—¡No estés tan seguro! —repuso el estigio mientras, por un instante, todo el diabólico odio que sentía se manifestaba en sus ojos como un centelleo rojizo—. Algún día, no sé cómo, recuperaré mi anillo, y entonces, por los colmillos de la serpiente de Set, pagarás por...

El aquilonio, furioso, se puso en pie de un salto y le propinó un fuerte golpe en la boca. Thoth retrocedió con los labios ensangrentados.

—No seas insolente, perro —dijo Ascalante con voz amenazante—. No olvides que sigo siendo tu amo y señor, y conozco tu oscuro secreto. Súbete a los tejados y grita que Ascalante está en la ciudad, conspirando contra su rey... si te atreves.

—No me atrevo —murmuró el estigio mientras se limpiaba la sangre de los labios.

—No, claro que no —dijo el otro con una sonrisa siniestra—. Porque si llego a morir por alguna traición o engaño tuyos, la noticia llegará a oídos de cierto

sacerdote ermitaño de los desiertos del sur, quien romperá el sello de un manuscrito que le confió. Y, una vez que lo haya leído, la noticia llegará sigilosamente a Estigia, y un viento llegará reptando desde el sur a medianoche. ¿Dónde esconderás la cabeza entonces, Thoth-amón?

El esclavo se estremeció de pies a cabeza mientras su rostro moreno se tornaba ceniciento.

—¡Ya está bien! —exclamó Ascalante con un cambio de tono repentino—. Tengo trabajo para ti. No me fío de Dion. Le he pedido que se marche a sus tierras y se quede allí hasta que el trabajo de esta noche esté concluido. Ese gordo estúpido no sería capaz de disimular su nerviosismo delante del rey. Ve tras él, y si no lo alcanzas en los caminos sigue hasta sus tierras y quédate allí a su lado hasta que mandemos a buscarlo. No lo pierdas de vista. Está paralizado por el miedo y podría hacer una tontería. Incluso es capaz de acudir a Conan en un momento de pánico y revelarle la conspiración entera con la esperanza de salvar el pellejo. ¡Ve!

El esclavo, ocultando el odio en su mirada, se inclinó e hizo lo que se le ordenaba. Ascalante continuó bebiendo mientras, sobre las torres enjovadas de la ciudad, comenzaba a levantarse un amanecer carmesí como la sangre.